

libertad, siendo admitidas las opiniones que pareciesen evidentemente buenas.

»Por lo que respecta al rey, en verdad no puedo... Luego, volviéndose á un noble que tocaba el hacha, le dijo: «No deterioreis el hacha. (1) Por lo que respecta al rey las leyes del reino os instruyen claramente; y no obstante, solo os diré una palabra relativamente á mi persona.

»En cuanto al pueblo, deseo tanto como el que mas su libertad y emancipacion; pero debo deciros que estas deben ser conservadas por las leyes que garantizan la vida y las fortunas; no es esto decir que el pueblo tenga parte en el gobierno, pues esto no le pertenece. Un soberano y un vasallo son muy diferentes entre sí; y no obstante, hasta que hagais esto (quiero decir, que deis al pueblo esta especie de libertad), ciertamente no disfrutarán de ella.

»Señores: por este motivo me hallo aquí. Si hubiera querido dar lugar á un arbitraje para cambiar las leyes, segun el poder de la espada, hubiera podido evitar esto; y no obstante os digo (y pido á Dios desvie su castigo de vuestras cabezas), que soy martirizado por el pueblo.

»En verdad, señores, no os entretendré mucho tiempo: únicamente os diré que hubiera podido pedir algun tiempo para coordinar todo esto y presentarlo mejor; espero, sin embargo, que disimularéis este desalino.

»He descargado mi conciencia, y pido á Dios que adopteis los medios mas á propósito para el bien del reino y para vuestra propia salvacion.»

»Entonces el señor Juxon dijo al rey: «¿Gusta V. M. decir algo para la satisfaccion del pueblo, aunque vuestra adhesión á la religion es harto notoria?»

«—Os doy gracias con todo mi corazon, monseñor, porque casi lo habia olvidado. En verdad, señores, creo que mi conciencia y religion son bien conocidas de todo el mundo: no obstante, declaro en presencia de todos vosotros que muero cristiano profesando la religion de la Iglesia anglicana, tal cual me la ha dejado mi padre, y creo que este recto varon (señalando al señor Juxon), dará testimonio de ello.»

»Luego, volviéndose á los oficiales les dijo: «Escusadme en esto: mi causa es justa y mi Dios es bueno; no diré mas.»

»Luego dijo al coronel Hacker: «Procurad, si osis servido, que no se me atormente mucho.»

»Como en aquel momento se acercase un gentil-hombre al hacha, el rey le dijo sobresaltado: «Cuidado con el hacha! cuidado con el hacha!»

»Dirigiéndose luego al ejecutor, dijo: «Haré una oracion breve, y cuando extienda los brazos...»

»Esto dicho, pidió su gorro de dormir al señor Juxon y habiéndoselo puesto dijo al ejecutor: «¿Os molestan mis cabellos?» El ejecutor le pidió los ocultase bajo el gorro, lo que él hizo ayudado del obispo y del mismo ejecutor. Luego, volviéndose otra vez al señor Juxon, repitió: «Mi causa es justa y mi Dios es bueno.»

«—Solo falta ya un paso, que aunque muy triste es muy corto, y podeis considerar que os llevará en breve muy lejos; él os trasladará de la tierra al cielo, donde hallareis gran alegría y consuelo.»

«—Voy á trocar una corona corruptible por otra imperecedera, en la que no puede haber turbacion mundana.»

«—Cambiareis una corona temporal por otra eterna: ¡hermoso cambio!»

»El rey preguntó al ejecutor: «¿Están bien mis cabellos? Dejó caer su manto y dió su cordon azul, distintivo de la Orden de San Jorge, al señor Juxon diciéndole: «Recibid esta memoria.»

»Despojóse luego de su ropilla, y volviendo á colo-

(3) Quería decirle que no mellase el filo.

car el manto sobre sus hombros, miró al tajo y dijo al ejecutor: «Es preciso que lo sujetéis bien.»

«—Está bien sujeto.»

«—Hubiera podido hacerse uno mas alto.»

«—No puede serlo mas, señor.»

«—Cuando extienda los brazos, entonces...»

»Pronunció en pié y con voz baja tres ó cuatro palabras, dirigiendo al cielo las manos y los ojos; arrojóse bruscamente y puso su cuello sobre el tajo; entonces el verdugo volvió á colocar sus cabellos debajo del gorro; y el rey, creyendo que iba á descargarse el golpe, le dijo: «Esperad la señal.»

«—Así lo haré, si V. M. lo desea.»

»Después de una breve pausa, el rey extendió sus brazos. El ejecutor separó de un golpe la cabeza, y tomando esta en su mano la mostró á los espectadores: el cadáver del rey fue depositado en un cofre, forrado al efecto de terciopelo negro, y que ahora se halla en su aposento de Whitehall.»

SIC TRANSIT GLORIA MUNDI.

(Fin de la relacion.)

Clarendon refiere que el cadáver del rey, que se veía en la noche de la ejecucion en su aposento de Whitehall, no pudo ser hallado á la restauracion de Carlos II. No obstante, Herberto habia escrito positivamente que la inhumacion habia tenido lugar en Windsor en la cueva del coro de la capilla de San Jorge, donde descansaban los restos de Enrique VIII y de Juana Seymour. Trabajando los operarios en esta capilla en 1813, abrieron casualmente la cueva. El principe regente, mas tarde Jorge IV, mandó practicar investigaciones cuyo resultado fue descubrir un ataúd de plomo, sobre el cual se veía una plancha de metal con estas palabras CARLOS, REY; esto estaba enteramente conforme con la relacion de Herberto.

Levantóse la tapa, y después de haber quitado un lienzo impregnado en una materia crasa, dejóse ver el rostro de un difunto cuyas desfiguradas y confusas facciones se asemejaban al retrato de Carlos I. Segun el proceso verbal de sir Enrique Halford, la cabeza del cadáver separada del tronco, tenia los ojos medio abiertos, y se pudo empapar un pañuelo blanco en una sangre aun bastante líquida. Este testigo extraordinario, de regreso del sepulcro, después del asesinato de Luis XVI, ha venido á revelar las faltas de los reyes, las demasías de los pueblos, el transcurso del tiempo, el intimo enlace de los acontecimientos, y la complicidad del crimen de 1649 con el de 1793.

Es notable la omision de que adolece la relacion popular de la ejecucion de Carlos, pues no habla de la máscara de los verdugos. El regicida Ludlow guarda tambien silencio sobre el particular. La hoja volante de que se trata no pudo ser vendida en las calles de Londres sino después de haber pasado por la censura de los vencedores. Ahora bien: ó los verdugos disfrazados eran una horrorosa saturnalia, ó la confesion de que se habia perpetrado un asesinato en una cabeza que ningun ser con rostro humano tenia el derecho de tocar.

Para llegar á la fatal ejecucion, Cromwell habia necesitado esos gritos y esas lágrimas que, contrariándose en él, delataban su mútua hipocresía; y mostrándose franco después del golpe, hizose abrir el féretro, y se cercioró, tocando la cabeza de su rey, que estaba realmente separada del cuerpo, y aun observó que un hombre de tan buena complexion hubiera podido vivir mucho tiempo. El terrible Cromwell, oscuro y desconocido como el destino, armado en aquel momento del inexorable poder de este, se complacía en la victoria alcanzada por él sobre un monarca y sobre la naturaleza.

Sus compañeros de asesinato, que no participaban de su seguridad y alegría, apresurábase á abandonar aquella sangrienta escena. El principal verdugo, Hulet, capitán de caballería en el regimiento del coronel Hewson, deseoso de atravesar el Támesis, se arrojó en la barca de un marinero llamado Smith, que fue obligado por unos mosqueteros á tomarlo á su bordo. Habiéndose alejado de la orilla, Smith dijo al siniestro pasajero: «¿Eres el verdugo que ha cortado la cabeza del rey?—No, respondió Hulet; y esto es tan cierto como soy pecador delante de Dios.» Y temblaba de pié á cabeza. Smith replicó sin dejar de remar: «¿Eres el verdugo que ha cortado la cabeza del rey?» Hulet negó de nuevo, y contó que le habian tenido preso en Whitehall, pero que se habian apoderado de sus instrumentos. Smith le dijo: «Echaré á pique mi barca, sino me dices la verdad.» La cabeza del monarca habia sido pagada á Hulet en cien libras esterlinas. «Yo probaré que tu has dado el golpe,» le dijo el abogado general Turner, cuando se instruyó el proceso de los regicidas, «y te arrancaré tu máscara.»

LA REPUBLICA Y EL PROTECTORADO.

1649—1658.

La ejecucion de Carlos produjo dos resultados en Inglaterra.

Por una parte, los hombres de bien quedaron consternados; hubo dolores profundos y muertes repentinas causadas por ellos; y como la nacion era religiosa, hubo tambien remordimientos. El *Eikon Basilike* hizo echar de menos á Carlos I, bien así como el testamento de Luis XVI hizo admirar á este. El *Eikon Basilike* no era de Carlos; el doctor Gauden es considerado actualmente como su autor. Milton acometió la odiosa tarea de ilustrar este punto de crítica, pero á pesar de toda la sublimidad de su genio, apoyado en la verdad del hecho, no pudo triunfar de una suposicion gratuita, obra de un espíritu vulgar, pero cimentada en la verdad de la desgracia.

¿Qué queda hoy en Inglaterra de todos aquellos dolores? Una ceremonia establecida por Carlos II, que se celebra anualmente el 30 de enero. Hay obligacion de ayunar, pero nadie ayuna; ciérranse los espectáculos, pero el público se divierte en salones y tabernas; ciérrase tambien la Bolsa con no pequeño disgusto de los especuladores, á quienes importa poco hallar la cabeza de un rey en el camino de su fortuna ó de su ruina. Los siglos no adoptan estos legados de luto, porque tienen que llorar hartos males propios, sin encargarse ademas de derramar lágrimas hereditarias.

Por otra parte, en los tres reinados posteriores á la muerte de Carlos I, se esparció suma confusion, pues cada cual tenia un plan de república y de religion. Los millenarios, ó los hombres de la quinta monarquía, pedían la ley agraria y la abolicion de toda forma gubernamental, á fin de esperar el próximo gobierno de Cristo, y no conocían otra Carta que la Escritura. Los Antonianos pretendían que la ley moral estaba destruida, y que todos debían guiarse en lo sucesivo por sus propios principios, y no por las antiguas nociones de justicia y de humanidad; reclamaban la libertad de hacer cuanto les viniese á las mientes: la fornicacion, la embriaguez y la blasfemia, entraban en su opinion en las vias del Señor, puesto que este es quien habla en nosotros. Ni estaban lejos de hacerse turcos, pues se complacían en la lectura del Alcoran, recién traducido. Los cuáqueros y especialmente las cuáqueras, pasaban tambien por una secta mahometana. Los políticos tronaban contra toda especie de culto, y querían que el poder no reconociese ninguna religion particular; otros pretendían refundir las leyes

civiles y borrar completamente lo pasado. Despojados de sus bienes y sus honores, los obispos gemían en las cárceles, mientras los presbiterianos veían el fruto de la revolucion sembrada por ellos, y recogido por los independientes, los agitadores y los niveladores.

Eran estos de muchas especies: unos los *escavadores* y *desarraigadores*, se apoderaban de los matorrales, y de los campos en barbecho; otros, los *guerreros* y los *turbulentos*, sublevaban los soldados ó se hacían ladrones en los caminos reales: todos pedían la disolucion del parlamento Largo y la convocatoria de otros. En esta completa disolucion social, en medio de las horcas y de los cadalsos que se levantaban para castigar el vicio y la virtud, no habia ningun partido decisivo; y merced á una especie de buena fe que la anarquía dejaba en libertad, era muy comun oír á los republicanos hablar de poner á Carlos II á la cabeza de la república, y á los realistas declarar que la república era acaso el mejor gobierno.

Subsistian, no obstante, en Londres dos principios de gobierno y de administracion, el *rump* y el consejo de los oficiales que habia subyugado ya á aquel.

Examinóse primero si la cámara de los Pares formaba parte integrante del poder legislativo; y á despecho de la opinion de Cromwell, que movió por sus intereses queria retener su dignidad de par, decidióse que la cámara hereditaria era inútil y peligrosa, quedando decretada su disolucion. La monarquía no corrió mejor suerte; empero el corregidor de Londres se negó á proclamar el acta de la abolicion del poder real.

Una vez trasformado en república el reino de Inglaterra, se acuñó un nuevo y grande sello, que representaba por el anverso la cámara de los Comunes con esta inscripcion: *Gran sello de la república de Inglaterra*; en el reverso se veían una cruz y un harpa, armas de Inglaterra y de Irlanda, con esta leyenda: *Dios con nosotros*; y en el exergo se leía: *Año primero de la libertad, por la gracia de Dios. 1649.* ¡Acíaga es para la libertad la fecha de un crimen!

Cinco miembros de los Comunes, entre ellos Ludlow, recibieron el encargo de componer un consejo de Cuarenta, al que fue confiado el poder ejecutivo. Este comité de los Cinco presentó treinta y cinco candidatos, á los que se agregó el comité de los Cinco. Este fue ademas encargado de examinar la conducta de los parlamentarios que no habian asistido á Westminster durante el proceso del rey.

Era muy natural inmolar víctimas en honor de los funerales de un principe; el duque de Hamilton, el conde Holland y lord Capell, presos á la sazón, fueren decapitados: el primero, contra el derecho de gentes, los dos últimos contra el de la guerra. Todos los partidos lloraron la muerte de lord Capell, de quien hizo Cromwell un magnífico elogio, asegurando al mismo tiempo que se le debía sacrificar á causa de su misma virtud. Ya en el cadalso, el noble par preguntó al ejecutor: «¿Has cortado la cabeza de mi señor?—Si, replicó el verdugo?—¿Dónde está el instrumento que descargó el golpe?» El verdugo le mostró el hacha.—«¿Estás seguro de que es la misma?» volvió á preguntar lord Capell; y habiendo obtenido una respuesta afirmativa, tomó el hacha, besóla con respeto y la devolvió al ejecutor, diciéndole: «¡Miserable! ¿Cómo osaste manejarla?» El verdugo respondió: «Me vi obligado á cumplir mi oficio, y recibí treinta libras esterlinas por mi trabajo.»

El verdugo mentía y se jactaba de una victoria ajena, pues no habia manchado ni santificado sus manos y su hacha en la sangre de su rey. Aquel hombre, llamado Brandon, era el verdugo ordinario; y nadie le habia llamado (ó tal vez habia renunciado por temor su ministerio), á la gran ejecucion. Cuando cesó el miedo, se anunció la vanidad, y Brandon pensó en salvar sus derechos y su *honor*: la misma noche de al

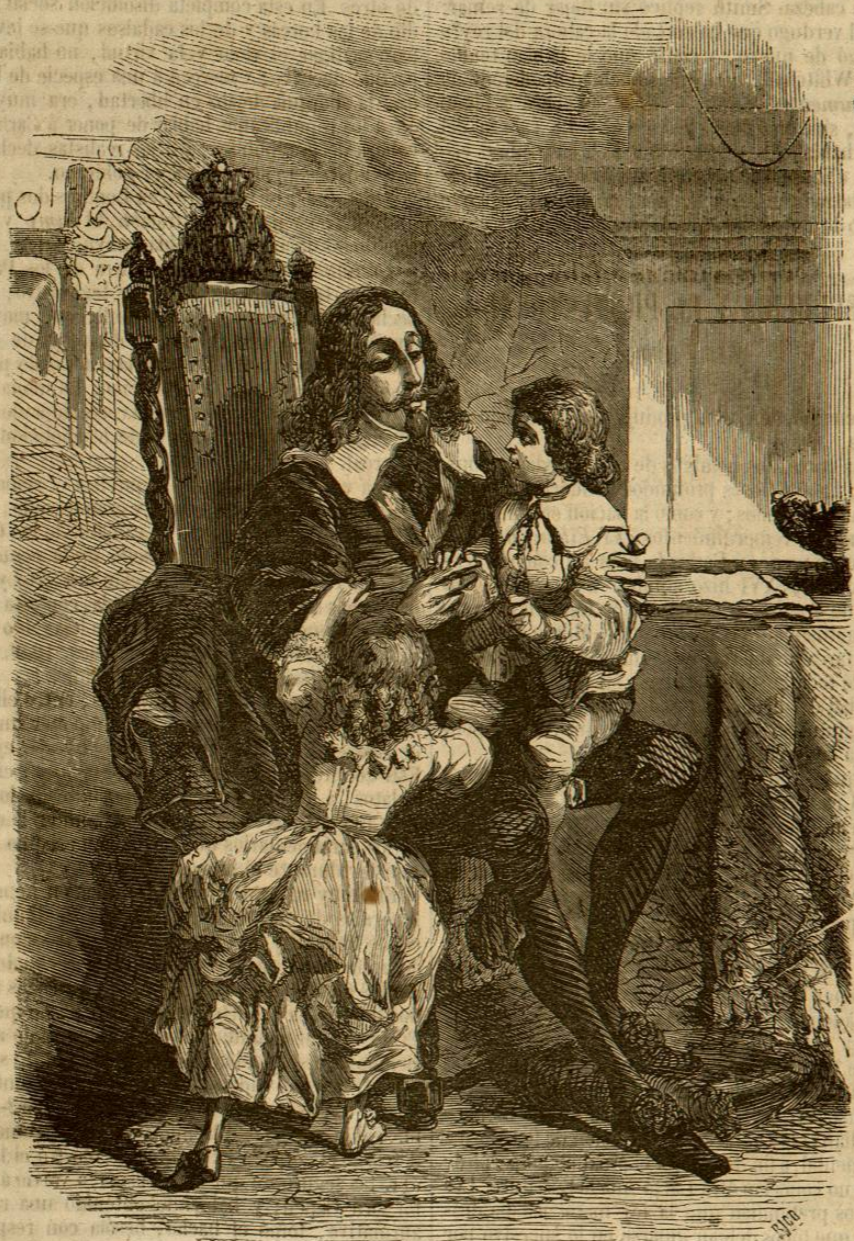
muerte de Carlos, Brandon dijo en una taberna las palabras que repitió á lord Capell, envaneciéndose de un crimen que no había perpetrado.

Lord Capell entregó su cabeza, despues de haber declarado que moria por Carlos I, por su hijo Carlos II, y por todos los herederos legítimos de la corona.

El *rump*, fingiendo contemporizar con la opinion pública, se ocupó al parecer, de su disolucion, y

buscó los principios segun los cuales pudiera elegirse un nuevo parlamento. El *rump* no era sincero, pues su único objeto era perpetuarse, esperando los acontecimientos.

Sin embargo, el conde de Ormond, lord Inchiquin y el general Preston habian sublevado la Irlanda, donde Monk, que defendia á Dundalk por el Parlamento, habia capitulado.



ÚLTIMA ENTREVISTA DE CARLOS I. CON SUS HIJOS.

Cromwell, á pesar de las pretensiones de Lambert y de Fairfax, fue encargado del gobierno civil y militar de Irlanda, á donde partió acompañado de Ireton, su yerno, despues de haber buscado al Señor delante de Harrison, y de haber explicado las Escrituras.

Llegó, pues, á la citada isla al frente de diez y siete

mil veteranos y una guardia particular, compuesta de ochenta hombres, todos oficiales. Tredall fue tomada por asalto, el mismo Cromwell subió á la brecha, y todos los irlandeses perecieron, incluso su gefe sir Arturo Asthon. Este antiguo militar llevaba una pierna artificial, que se creia ser de oro; por esta razon, los soldados republicanos se disputaron aquella pierna

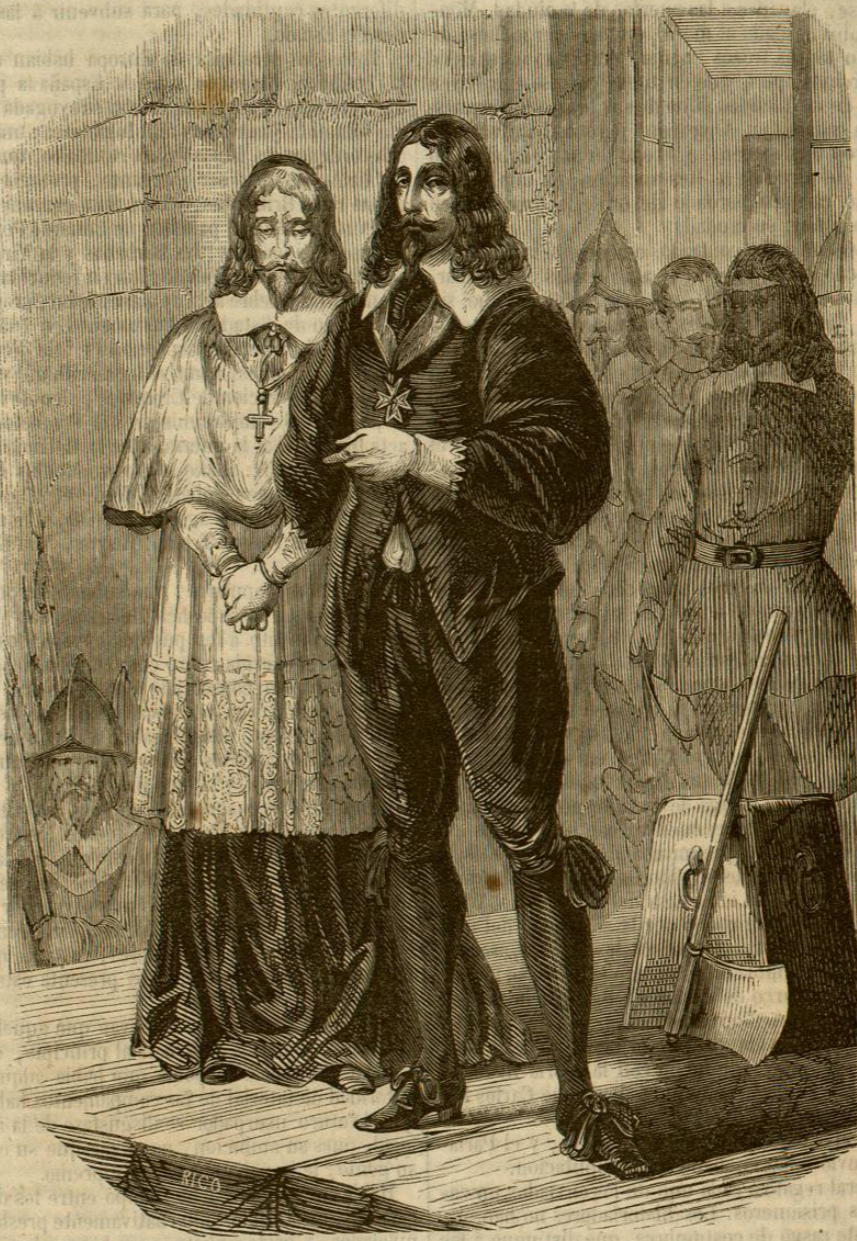
realista, que no era otra cosa que el tesoro de madera del honor y de la fidelidad.

Wexford fue saqueada, Goran entregada por los soldados, y los oficiales fueron fusilados. Kilkenny, Youghall, Coke, Kingsale, Colonnell, Dungarvan y Carrick se sometieron. Cromwell é Ireton llevaron á la Irlanda, como lo habian anunciado, el exterminio y el infierno.

Cromwell, en medio de sus victorias, fue llamado

para rechazar á los escoceses, que se habian decidido á reconocer los derechos de Carlos II; y aunque habian ahorcado al realista Montrose, porque no era *convenantaire*, se mostraban realistas. Nada es mas frecuente en las discordias civiles que estas inconsecuencias de los partidos.

Las negociaciones entre Carlos II y los escoceses habian sido interrumpidas muchas veces, hasta que al fin, privado el rey de todo recurso, se habia dirigido



EJECUCION DE CARLOS I.

á Edimburgo, donde habia recobrado el cetro de Maria Estuardo, á condicion de publicar esta deshonrosa declaracion:

- «Que su padre habia pecado tomando esposa en una familia idólatra;
- «Que la sangre derramada en las últimas guerras debia ser imputada á su padre;
- «Que le causaban profundo dolor la mala educacion

que se le habia dado y las preocupaciones que le habian sido inspiradas contra la causa de Dios; preocupaciones cuya injusticia conoca ya;

«Que toda su vida anterior habia sido una serie continua de enemistad contra la obra de Dios;

«Que se arrepentia de la comision dada á Montrose, y de todas sus acciones que hubieran podido escandalizar;

«Que protestaba ante Dios que era sincero en esta declaración, y que se atendería á ella hasta su último suspiro, así en Escocia é Inglaterra, como en Irlanda.»

No obstante, Carlos II no carecía de honor y denuedo, pues siendo aun joven, había combatido en defensa de su padre, al frente de las fuerzas de mar y tierra. Pero era el príncipe menos á propósito para oír seis sermones de presbiterianos todos los días. Cuando abrumado por tales predicaciones, buscaba alguna distracción, no podía salir de Edimburgo sin que ofendiesen su vista los mutilados miembros de Montrosse, clavados á las puertas de la ciudad. Montrosse había deseado al morir, que su cuerpo fuese dividido en tantos trozos cuantas eran las ciudades de los tres reinos, para que en todas partes se hallasen testigos de su fidelidad. Uno de sus brazos fue expuesto en un cadalso en Aberdeen, pero los habitantes lo sustrajeron furtivamente y lo ocultaron; y habiéndolo colocado de pues de la Restauración, en una caja de terciopelo carmesí bordado de oro, la pasearon en triunfo por toda su ciudad.

Cromwell marchó contra los escoceses á la cabeza de diez y ocho mil hombres, y atacándoles en Dunbar, los derrotó el 31 de setiembre de 1650. El año siguiente, después de haber conquistado una parte de la Escocia, siguió la pista de Carlos II, que había avanzado por Inglaterra con un ejército, y le alcanzó en Worcester. El genio tan fatal al padre, no lo fue menos al hijo: el 3 de setiembre de 1651, aniversario de la batalla de Dunbar, se empeñó el combate, en el que dos mil realistas perdieron la vida, siendo vendidos como esclavos ocho mil prisioneros. Esta odiosa costumbre de traficar con los hombres, vuelve á hallarse en el reinado de Jacobo II.

El joven rey huyó y se cortó el cabello, temiendo como Absalon, ó como los tres reyes cabelludos, ser reconocido por el hermoso adorno de su cabeza. Este príncipe nos ha dejado la narración de sus aventuras; su disfraz de carnicero; su tentativa para entrar en el País de Gales con el pobre Pendrell; el día que pasó con el coronel Careless en la copa de una encina que recibió el nombre de encina real; sus aventuras en casa de un noble llamado Lane, en el condado de Strafford; su viaje á Bristol, viaje que hizo á caballo llevando á la grupa la hija de su huésped; su llegada á casa M. Norton; su encuentro con uno de los capellanes de la corte, que miraba jugar á los bolos, y con uno de sus antiguos servidores que le nombró anegado en lágrimas; su ida á casa del coronel del Windham; el peligro que corrió por la sagacidad del mariscal, que examinando los pies de los caballos, aseguró que uno de ellos había sido herrado en el Norte; y por último, el embarco de Carlos en Brighthelmstone y su desembarco en Normandía, hicieron de aquellos momentos de la vida de este príncipe un asunto de gloria romanesca, que luchó con la gloria histórica de Cromwell. Ludlow se limita á decir que Carlos huyó con *mistriss Lane*.

Cromwell volvió triunfante á Londres, y el Parlamento envió á su encuentro una diputación.

El general regaló á cada uno de los enviados un caballo y dos prisioneros. Los historiadores no han observado este rasgo de costumbres, que distingue á los ingleses de aquella época de todos los pueblos cristianos de la Europa civilizada, y los acerca á los pueblos orientales. Monk, á quien Cromwell había dejado en Escocia, acabó de someterla. El reino de María Estuardo quedó reunido á la Inglaterra, por acta del *rump* lo que no habían conseguido los mas poderosos monarcas de la Gran-Bretaña.

A la par que el cuerpo legislativo era objeto del público desprecio, había mostrado vigor y talento el consejo ejecutivo: esto ocurrió tambien en Francia, bajo los famosos comités emanados de la Convención. Las tierras del clero habían sido puestas en venta, no me-

mos que los dominios de la corona, así en Inglaterra como en Escocia. Las propiedades nacionales, valuadas primero al precio de diez años de su arriendo anual, llegaron á tener, merced á las victorias de la república, un valor de quince, diez y seis y diez y siete años de su arriendo líquido; los bosques se vendían á parte. Los realistas cuyos bienes habían sido secuestrados ó confiscados, obtenían su devolución ó desembargo mediante una suma mas ó menos cuantiosa, pagada en moneda contante; y un tributo de ciento veinte mil libras esterlinas bastaba con estas diferentes cantidades, para subvenir á las necesidades del Estado.

Todas las potencias de Europa habían reconocido la república, habiendo sido la España la primera en dar este paso. La Irlanda estaba subyugada y la Escocia sometida y agregada á la Inglaterra; una escuadra á las órdenes del famoso Roberto Blake, que de coronel había pasado á ser almirante, protegía los mares de las islas Británicas; y otra flota cruzaba las costas de Portugal, bajo el pabellón de Eduardo Popham. Las Indias Occidentales, las Barbadas y la Virginia, que se habían insurreccionado, fueron reducidas á la obediencia. La célebre acta de navegación, propuesta por el Consejo de Estado al Parlamento en 1651, y que adquirió el carácter ejecutivo el 1.º de diciembre del mismo año, no es, como se ha escrito mil veces, obra de la administración de Cromwell, sino de la república, antes del establecimiento del Protectorado. Esta acta hizo estallar la guerra entre la Holanda y la Gran-Bretaña en 1652. Blake, Aiskew, Monk y Dean, sostuvieron en once combates, desde el 17 de mayo de 1652, hasta el 10 de agosto de 1653, el honor del pabellón inglés contra Tromp, Ruyter, Van Galen y de Witte.

Las clases populares, que suben á impulso de las revoluciones á la superficie de la sociedad, imprimen por un momento á los pueblos envejecidos una extraordinaria energía; pero como en ellas la ignorancia y la pobreza han conservado toda su fuerza, no tardan en corromperse una vez encaramadas en las altas regiones del poder, pues llegando á él con necesidades apremiantes y apetitos excitados durante mucho tiempo por la miseria y la envidia, prohijan y exageran los vicios de los magnates á quienes substituyen, sin tener la educación que por lo menos los atenua. Una nación que se renueva, digámoslo así, por la invasión de una especie indígena de bárbaros, conserva pocos días su energía; y no siendo mas joven por su naturaleza sino por meros accidentes, y no renovándose las costumbres como los poderes, en tanto que aquellas no cambian, nada en estos presenta estabilidad y solidez.

No dejó Cromwell de observar que aquel resto de asamblea, sometida y abyecta al principio, empezaba á mirar con recelo el poder que había adquirido. La autoridad dictatorial de los campamentos había hecho que el futuro usurpador se disgustase de la autoridad legal, pues su ambición, no menos que su carácter y su genio, le impelían al poder supremo.

Había intrigado mucho tiempo entre los diferentes partidos, mostrándose alternativamente presbiteriano, nivelador, y hasta realista, pero buscando siempre su apoyo en el ejército, dominado por el espíritu republicano, en cuanto es posible que semejante espíritu prevalezca en la milicia. Los oficiales aspiraban á la igualdad y á la libertad, sin olvidar la fortuna, los honores y el mando absoluto: de este modo han comprendido siempre los militares la república, desde las legiones romanas hasta los mamelucos.

Cromwell, después de sus victorias, volvió á ocupar su asiento en el Parlamento el 16 de setiembre de 1651, y pidió con ahínco la redacción del bill que debía poner término á aquel parlamento interminable; pero no pudo obtenerlo sino por una mayoría de dos

votos, esto es, cuarenta y nueve contra cuarenta y siete; y aun así, la ejecución del bill fue aplazada para el 3 de noviembre de 1654.

Este bill procedía á la reforma radical parlamentaria tantas veces y tan inútilmente reclamada en tiempos posteriores. La cámara de los Comunes debía componerse en lo sucesivo de cuatrocientos miembros, sin contar los diputados de Irlanda y de Escocia. Las pequeñas poblaciones desaparecían, y no se concedía el derecho electoral sino á las ciudades y puntos principales; la propiedad exigida al ciudadano por el ejercicio de este derecho, ascendía á doscientas libras esterlinas en muebles ó inmuebles.

Cromwell deseaba la disolución del *rump*, porque esperaba asaltar el poder supremo por medio de diputados elegidos por su influencia y adictos á sus intereses. A fin de preparar las ideas á un cambio de cosas, había suscitado discusiones acerca de la excelencia del gobierno monárquico; pero no habiendo podido inducir al *rump* á pronunciar la disolución, tomó un camino mas corto para conseguirla.

El taimado general había tenido la astucia de llenar todos los puestos con sus favoritos, y los soldados le eran leales. Desde la batalla de Worcester, que apellidó en su carta al Parlamento la *victoria coronante*, apenas disimulaba sus proyectos. La moderación, tan necesaria á todo el que próximo á llegar al poder, intenta mantenerse en él, era el arma de Cromwell, que había hecho publicar una amnistía general y se mostraba favorable á los realistas, á quienes hallaba, en principios, menos opuestos que los demás partidos á la autoridad de uno solo, y á su vez había tambien menester de fidelidad.

La cámara de los Comunes, que se veía atacada, procuró defenderse: quejábanse unas veces de las calumnias que Cromwell hacia propalar contra ella, y otras se esforzaba en perpetuarse de una manera menos directa; procediendo á la elección de las plazas vacantes en el Parlamento. Mas Cromwell, que no se dormía, presidía asambleas, conferencias y tratados entre los partidos, y engañaba á todo el mundo. El coronel Harrison republicano sincero, pero hombre de limitados alcances, sostenía á todas horas que el general, lejos de pretender ser rey, se ocupaba únicamente de preparar el reinado de Jesús. «¡Venga pronto Jesús, respondió el mayor Streater, ó llegará demasiado tarde!» Cromwell por su parte declaraba que el salmo CX le estimulaba á cambiar la nación en república; á este fin excitaba al comité de oficiales á presentar peticiones que debían acarrear, merced á la oposición de los parlamentarios, la destrucción de la república. Una de estas peticiones reclamaba el pago de los sueldos atrasados del ejército y la reforma de los abusos; otra pedía la disolución inmediata del Parlamento, y el nombramiento de un consejo para gobernar el Estado, hasta la próxima convocatoria de un nuevo parlamento. Arrastrados por su resentimiento, los Comunes declararon que todo el que en lo sucesivo presentase tales solicitudes, sería reo de alta traición. Comunicada esta resolución á Cromwell, que la esperaba, gritó poseído de una fingida cólera, en medio de los oficiales: «¡Mayor general Vernon! Me veo precisado á dar un paso que hace erizar mis cabellos.» Esto dicho, tomó trescientos soldados, marchó á Westminster, y dejando aquellos fuera, penetró solo en la Cámara, pues era diputado.

Después de escuchar algunos momentos en silencio la deliberación, llamó á Harrison, miembro como él de la Asamblea, y le dijo al oído: «Es tiempo de disolver el Parlamento.» Harrison le respondió: «Es una medida arriesgada: ¡meditado bien!»

Cromwell volvió á esperar; luego, levantándose bruscamente, abrumó de ultrajes á los Comunes, acusándolos de esclavitud, de crueldad y de injusticia. «¡Ciedad el puesto! gritó fuera de sí; el Señor ha concluido

con vosotros, y ha elegido otros instrumentos de sus obras.» Sir Peters Wenworth quiso replicar, pero Cromwell le interrumpió diciendo: «Yo haré cesar esta charlatanería. ¡Vosotros no sois un parlamento; os digo que no sois un parlamento!»

El general golpeó el suelo con el pié: á esta señal se abrieron las puertas, y dos filas de mosqueteros, acaudillados por el teniente coronel Worsley, entraron en la cámara y se colocaron á derecha é izquierda de su general. Vane quiso hablar, pero Cromwell le dijo: «¡Oh, señor Enrique Vane, señor Enrique Vane! ¡Libreme Dios del señor Enrique Vane! Señalandos entonces unos tras otros á algunos de los diputados presentes, les dijo: «Tú eres un borracho, tú un disoluto, (y se dirigía á Martyn, el regicida cuyo rostro había embadurnado de tinta); tú un adúltero, tú un ladrón.» Todas estas calificaciones eran exactas. Harrison hizo bajar al orador de su sillón, alargándole la mano. Los diputados abandonaron desparpados y en tropel el recinto, huyendo sin atreverse á desvenanar la espada que casi todos ceñían. «Me habeis obligado á esto, decía Cromwell, aunque he pedido al Señor noche y día me diese la muerte antes que encargarme de esta comisión.»

Entonces, señalando con el dedo á los soldados la maza de armas, les dijo: «¡Llevaos ese embebeco!» Fue el último en salir, hizo cerrar las puertas, guardó las llaves en su bolsillo, y se retiró á Whitehall. Al día siguiente pendía de la puerta de la cámara de los Comunes este sarcástico rótulo: *Se alquila esta habitación, sin muebles*. Así fue expulsado de Westminster el Parlamento; pero la libertad le sobrevivió.

Nótense las justicias del cielo: aquellos diputados, que habían dado muerte á su legítimo señor, pretendiendo que había hollado los derechos del pueblo; aquellos diputados que habían arrojado violentamente de sus puestos á no escaso número de sus colegas, fueron dispersados por uno de sus cómplices, mucho mas culpable que Carlos, respecto de los derechos de la nación. Pero es harto frecuente que lo que se disputa á la legitimidad se conceda á la usurpación, porque los hombres, en su orgullo, se consuelan de la esclavitud cuando han elegido su tirano entre sus iguales.

Bonaparte hizo saltar en Saint-Cloud por las ventanas á los republicanos, con menos firmeza y decisión política que Cromwell ostentó al disolver el parlamento Largo. La Inglaterra republicana aceptó el yugo: las tempestades habían abortado su rey, y se sometieron á él.

La verdadera república solo duró cuatro años y tres meses en Inglaterra, contando desde la muerte del rey ocurrida en 30 de enero de 1649, hasta la completa disolución del *rump*, el 20 de abril de 1653. Esta breve república no careció de gloria en lo exterior, ni tampoco de virtudes, libertad y justicia en lo interior. Es cierto que los miembros de la cámara de los Comunes se excluyeron mutuamente de la Asamblea legislativa; pero no se diezmaron ni se asesinaron unos tras otros, como los convencionales. La república francesa existió doce años, desde 1792 á 1804, hasta la erección del imperio, tiempo de gloria y de conquista en lo exterior, pero de crímenes, de opresión y de iniquidad en lo interior. Esta diferencia entre dos revoluciones que en último resultado han producido la misma libertad, procede únicamente del sentimiento religioso que animaba á los innovadores de la Gran-Bretaña, y los principios de irreligión de que hacían alarde los autores de discordias en Francia. En la superstición pueden existir algunas virtudes, mas no en la impiedad. Los revolucionarios ingleses, fanáticos, conocieron el arrepentimiento, al paso que los revolucionarios franceses, ateos, no lo experimentaron, porque eran insensibles como la materia y la nada.